

tor de Villacurda! ¿Te parece que no recuerdo su manía de hurgarse con ellos hasta sangrarse las encías?

—¡A qué estos recuerdos! ¿Olvidas que murió el 76?

—No lo he olvidado, pero no creo que sea lo más procedente en una buena esposa, tener otros mondadientes en la mesa que los que usa su marido, ¿estás?

—Pero, León, si te repito que es tuyo!

—Nó, nó y mil veces nó!

Y nada, que no hay más que agachar las orejas, y darle gusto al niño tirando aquel pedazo de palo.

Escenas como las referidas se repiten, en las casas donde se guarece un bicho de la especie de que tratamos, hasta un número infinito. Ora porque ha visto en la percha del pasillo un sombrero que se le ha antojado como no suyo; ora porque le ha parecido que el carbonero miraba á la señora con ojos tiernos, (y efectivamente es así, efecto del amilico). ora porque el médico ha tenido entre sus manos, más tiempo que el preciso para tomarla el pulso, una de las idem de su cara mitad. Etc., etc., etc.

Pero como todo es relativo en este mundo, como suele decir un profesor veterinario á quien trato, sucede, que el celoso, lleva

en el castigo la penitencia ó la penitencia en el castigo, que no recuerdo bien como se dice, ó quizás no se diga de ninguna manera... ó en fin..... eso! Y decía que lleva *algo* porque su mujer cargada hasta la coronilla, se le elimina un día (ó una noche) con cualquiera, pues lo mismo le importa que sea un senador por derecho propio, que un tratante en embudidos extremeños.

Casi siempre es preferible uno de los últimos, por aquello de que «*los duelos con... chorizos son menos*».

RICARDO FRADERA

